

1974, Pamplona 1976; P. Rodríguez, *Fe y vida de fe*, Pamplona 1974; H. Pfeil, *Einführung in die Philosophie. Ihre Bedeutung für Mensch und Kultur*, 4 ed., Aschaffenburg 1975, pp. 176-240; M. D. Philippe, *De l'être à Dieu. De la philosophie première à la sagesse*, París 1977; G. Perini, *Fede religiosa e riflessione filosofica*, en «Divus Thomas» 76 (1973) 217-342; M. Alessandri, *La scienza e la fede*, en «Aquinas» 19 (1976) 175-205; G. Angelini, G. Colombo, P. A. Sequeri, *Teologia, ermeneutica e teoria (II)*, en «Teologia» 1 (1976) 91-135; George A. Lindbeck, *Theologische Methode und Wissenschaftstheorie*, en «Theologische Revue» 4 (1978) 265-280.

Sería una tarea pertinente e interesante analizar los antecedentes de la crítica a las teorías científicas por L. Scheffczyk en las doctrinas teológicas desarrolladas en tratados independientes —bajo muchos aspectos, en relación con la 1. quaestio de la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino—, particularmente en la tercera generación de los teólogos españoles del Siglo de Oro (cfr. Gillius, J. Perlin, etc.). Habría que estudiar también los planteamientos teóricos en las diversas valoraciones de los *loci theologici*. En cuanto a la exposición pormenorizada de la historia de las diversas teorías científicas, excedería naturalmente del marco de la presente obra.

El que busque unas reflexiones fundamentales sobre las relaciones entre la filosofía y la teología y sobre la noción de ciencia en una y otra disciplina, no podrá menos de consultar este libro. Gracias al lenguaje claro y al juicio ponderado y oportuno, su lectura constituye para el interesado en estos temas una honda experiencia.

JOHANNES STÖHR

Luis CLAVELL, *El nombre propio de Dios según Santo Tomás de Aquino*, Pamplona, Eunsa (Col. «Filosófica», n. 34), 1980, 200 pp., 14,5 × 21,5.

La reciente obra del Prof. Clavell —docente en la P.U. Urbaniana y en la Universidad de Navarra, director de la colección «Crítica Filosófica» editada en Madrid por Emesa— es, entre otras notas positivas, un valioso ejemplo de la permanente actualidad de lo importante. Importante es, en efecto, el tema de la denominación de Dios, y lo es también el autor aquí analizado, Santo Tomás, cuya doctrina sobre los nombres divinos y más en concreto sobre el nombre *Qui est*, extendida a lo largo de toda su obra, es sencillamente irremplazable.

Con capacidad investigadora propia y mostrando un notable conocimiento de los textos tomasianos, se sitúa el A., a nuestro entender, en la doble tradición de Etienne Gilson y de Cornelio Fabro y ofrece a los lectores una interesante reflexión acerca de la originalidad del *actus essendi* y de su importancia para enfocar correctamente la cuestión de Dios en el doble terreno de la metafísica y de la teología. Los ecos

tomistas del *esse* como «acto de todos los actos y perfección de todas las perfecciones», se entrecruzan con la exégesis fabriana centrada en la noción del *esse* como «acto intensivo» y en la participación, y conectan —con apoyo en la obra de Gilson— con la tradicional reflexión cristiana (de origen teológico) sobre el texto de Ex 3, 14: *Ego sum qui sum*. El resultado es, sin duda, elogiabile.

El A. conoce el terreno que pisa. No sólo domina el tema de su estudio sino que, además, es consciente de la situación histórico-cultural en la que ofrece su investigación a los estudiosos. «Un obstáculo nuevo surge —son palabras de la Introducción (pp. 17-18)—, cuando el olvido de la metafísica y el oscurecimiento del ser nos connaturaliza con la tentación de concebir el ser como el vacío absoluto, como el concepto más indeterminado que se pueda imaginar. Esta tentación es más acuciante hoy, cuando advertimos el peso del pensamiento filosófico de los últimos siglos hecho realidad en amplios ambientes culturales y en multitud de inteligencias. De ahí la facilidad con que se confunde el Ser con una mera noción abstracta de la inteligencia —noción que sólo existe en el pensamiento—, y la metafísica con la lógica». Movido por estas inquietudes, el A. se propone contribuir a la recuperación de este sentido metafísico ante la pregunta sobre Dios, y subraya expresamente que le mueve no una intención de exégesis histórica del pensamiento de un autor medieval, sino el deseo de conocer mejor el Ser en su plenitud, con ayuda de este testimonio de la verdad de las cosas mismas, que es la filosofía de Santo Tomás de Aquino.

El cap. I (*Preliminares*) tiene como fin mostrar el carácter original de la interpretación tomista del nombre *Qui est*. Sintetiza la doctrina bíblica y patristica, se detiene brevemente en la escolástica medieval, hace una interesante exposición de los principales textos del Aquinate y, después de preguntarse por sus posibles fuentes, concluye en lo que llama el A. «el núcleo metafísico más propio de Santo Tomás»: la metafísica del Santo Doctor se caracteriza en su raíz por una noción precisa del ser, hasta el punto que se puede formular (con Gilson) esta regla general: las posiciones doctrinales pura y propiamente tomistas suelen ser reconocibles porque, en el fondo, se basan en el concepto de ser entendido como *esse* o como lo que tiene *esse*. En efecto, ésta es la concepción propiamente tomista del ser, que en filosofía es el primer principio, y en teología es el nombre propio de Dios.

El cap. II (*Fundamento metafísico de los nombres*), interesante, original, y que hubiéramos deseado más extenso, es un desarrollo del famoso texto de *S. Th.*, I, q. 13, a. 6: *secundum enim quod cognoscimus aliquid, secundum hoc illud nominamus...* El A. ofrece en esas páginas sus reflexiones sobre la relación lenguaje-conceptos-realidad; ante todo, destaca lo que llama «primera evidencia sobre la función y el sentido de las palabras» (las palabras como expresión de la realidad), y desde ahí ofrece una somera crítica sobre el enfoque de algunos estudios filológicos. En el caso del lenguaje religioso, anotará, hay trabajos de exégesis que parecen olvidar el término real de la interpretación: las realidades expresadas. Siempre es posible la tentación de que el instrumento

acapare el interés del investigador, haciéndole olvidar su misma esencia: ser instrumento. Por eso, hay que volver entonces al punto de partida y recordar que el acto del creyente no termina en los enunciados sino en las cosas creídas, pues no formamos enunciados —ni en la fe ni en la ciencia— sino para expresar realidades.

La conclusión principal de este capítulo puede ser resumida en las siguientes ideas: el fundamento de estas relaciones entre lenguaje, conocimiento y realidad está en el ser, que es el principio de cognoscibilidad de todas las cosas. El acto de ser es como una cierta luz de las cosas, que nos permite entenderlas. Por eso, todo lo que es, puede ser conocido y puede ser nombrado; sólo aquello que no es, no puede ser nombrado de ningún modo. El lenguaje es expresivo del ser de los entes. El ser es la piedra de toque para juzgar nuestro conocimiento y lenguaje, y para no trasponer indebidamente las distinciones lógicas al plano de la filosofía primera (p. 79).

Del cap. III (*Hablar sobre Dios*) debe destacarse, principalmente, su concisión y la fidelidad al pensamiento del Aquinate en un tema clave para la teología: la noción de analogía y el valor del conocimiento analógico, absolutamente indispensables para poder hablar de Dios sin reduccionismos ni superficialidad. La pérdida en algunos autores de la metafísica —pérdida que arrastra consigo una profunda incomprensión del conocimiento analógico—, ha supuesto la capacidad endémica de su lenguaje teológico, y una fuente supletoria de perplejidades para sus lectores. Si no se alcanza a comprender la profunda verdad del conocimiento analógico —que no es puro verbalismo, ni conceptualismo mal entendido, ni antropocentrismo— no cabe hablar válidamente de Dios en un discurso teológico.

Señalemos, por último, del cap. IV (*Yo soy el que soy*), en el que se recoge en una clave más penetrante la temática del cap. I, su análisis de ciertas concepciones erróneas del ser (...«que son como el campo de batalla en el que se decide la suerte de toda la metafísica y la orientación de buena parte de la teología» (pp. 168-169), y sus precisiones sobre el *Ipsum esse subsistens*.

Concluimos la reseña de esta valiosa y sugerente obra con algunas ideas expresadas en su *Epílogo*, que sintetizan el pensamiento del A.: todo nuestro hablar sobre Dios se edifica sobre el fundamento de que Dios es el Ser. Los demás nombres no harán más que expresar la riqueza inagotable contenida en el Ser subsistente, que encierra todas las perfecciones; pero igual que nada puede ser conocido si no es por resolución en el ente, tampoco los nombres de Dios se entienden sino sobre su fundamento, que es la verdad metafísica más alta: Dios es el Ser. Esta es la verdad que urge recuperar para que el saber sobre Dios no se disgregue en una multitud de puntos inconexos, y para poseer una ciencia natural en armonía con la teología, mediante este punto de comunicación: el *Ipsum esse subsistens*.

El libro recoge una bibliografía fundamental y un índice de textos de Santo Tomás. Está editado con pulcritud y perfección.

ANTONIO ARANDA